

En estos días en que los recuerdos de Adriana afloran con frecuencia, veo las fotos de

Ella y me asombra la fuerza que brota de su semblante. Es como si la viese en persona nuevamente y me impacta con la misma intensidad de siempre. Su mirada poderosa, viva, fuerte. Su caminar decidido a pelear hasta el final. Laborante desde las entrañas, desde el corazón.

La conocí en el Laboratorio de la Facultad de Ingeniería donde ella trabajaba. Yo, de visita, desde el interior profundo, sin ninguna idea de su pasado, de su presente, de su lucha continua. Año tras año, en visitas posteriores, iba descubriendo lo que era esa mujer. Lo que significaba Ella. Y me daba orgullo haber podido conocerla y, a la vez, vergüenza no haber sabido antes quién era Adriana.

Es que Ella tenía una humildad particular. Te tocaba hondo cuando te miraba y, a la vez, te llenaba de humanidad. Y ahora que repaso sus fotos, siento la misma sensación.

Tuve la suerte de verla, en mi último viaje antes de su partida, radiante, hermosa y con la misma humanidad que la llenaba siempre. Fue un nuevo privilegio que me dio su encuentro. Esta vez yo sí sabía quién era Ella... era la misma que vi la primera vez.